

Para poder salvarme en este tiempo

César Buendía

Me he despertado pensando cuántos van a morir hoy, y cuántos han muerto ya, y cuántos están en peligro cercano de morir, y si yo me moriré. Por eso quiero echar esto de mi alma antes de que sea tarde.

A la vista de la pandemia, de su extensión, de su rápida propagación y de la incapacidad humana para controlarla, se impone la verdad de que esto no va a acabar pronto, de que posiblemente sea yo quien muera, y de que voy yo, como muchos de ustedes, a presentarme pronto ante el juicio de Dios. Porque el confinamiento es un remedio provisional. Y lo definitivo es que moriré. Pero, dadas las circunstancias, es posible que muera pronto. Como puede ser que seas tú, quien muera pronto. Y por eso es necesario pensar en la muerte, y en lo que viene después. Por esto vino Jesús al mundo. Jesús no tiene reparo en decirnos que nos interesa escucharle. El interés que pone en dar la Buena Noticia, es para librarnos de la Mala Noticia. La Mala Noticia es la condenación eterna. Pero tranquilos, el demonio no nos la dará, porque nos quiere sorprender. La Mala Noticia la reciben los condenados después de muertos, cuando ya no se pueden arrepentir, cuando no pueden volver atrás. Se trata del infierno.

Es bueno para esto recordar Mateo 25,41-46: "Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo." E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.» En una batalla lo principal es sorprender al enemigo sin que se prepare. También en el fútbol, los buenos delanteros engañan para lograr su propósito.

El demonio nos quiere sorprender. La Iglesia nos enseña a estar atentos y a vencer. "Sean sobrios, estén despiertos, que su enemigo, el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar. Manténganse firmes en la fe. Y tú Señor, ten piedad de nosotros" rezamos diariamente recordando 1Pe 5,8. Estemos atentos, porque la tentación es siempre algo que nos sorprende. Hay en ella un diálogo que, cuando comienza, no para, y es difícil resistirse. Por eso no hay que dialogar con el demonio.

Por eso la prudencia aconseja evitar la tentación. "El que ama el peligro perecerá en él" (Eclesiástico o Sirácida 3,26).

Supongamos que hemos caído. Después de pecar, el demonio puede hacer tres cosas: una es convencernos de que aquí, no ha pasado nada, algo así como el coronavirus. Su estrategia es decirnos que no pasa nada, para que nos pongamos en peligro, nos enfermemos y muramos, o que contagiemos al resto de la casa por no recluirmos en una habitación. La segunda es causar en nosotros tal depresión, tal remordimiento, que desconfiemos de la misericordia de Dios y nos suicidemos, como Judas, o no volvamos a casa, a Dios, para salvarnos con su misericordia y su perdón, procuremos olvidarlo, o digamos que no tenemos remedio. Hay una tercera, decir que todo lo que está diciendo el Padre César es mentira, que Dios no existe, que la Iglesia sólo quiere asustar y aprovecharse de los demás, etcétera, etcétera, etcétera....

Jesús vino para avisarnos de todo ello. Por eso, su Palabra es Buena Noticia, porque la Mala Noticia de la condenación ya no nos sorprenderá si le escuchamos y creemos en Él. Tanto interés tiene que muere en la cruz para que veas lo que está dispuesto a hacer para que tú y yo nos salvemos, lo que nos ama, lo que le importamos. Podría no haber bajado al mundo.

Cuando Jesús nos dice que él es la Vida, no está haciendo simple poesía, es decir, algo innecesario, sino que está diciendo que fuera de Él, sólo hay condenación y muerte eterna. Escuchar su palabra y obedecerle es necesario para la salvación. No es algo indiferente. Pero ¿Y la libertad? La libertad consiste en poder negarse a ser salvado, pero también en poder pedir la salvación. Donde no hay libertad, es en el infierno. Jesús, al abrir para nosotros el cielo, ha dado al hombre la libertad de poder entrar en él.

Con Cristo ha llegado la luz. Eso tampoco es poesía simplemente. La luz, dice San Juan, no solo quita la incertidumbre de la ceguera, sino que descubre los pecados para salvar a los hombres: "Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras." Juan, 3, 19. Si esto es verdad, esconderlo sería el peor pecado. Estaríamos haciendo el juego al demonio. Ponerlo a la luz es el mejor favor que se le puede hacer al ser humano. Es el que les estoy haciendo yo ahora.

Por eso, orar no es, simplemente, pasar un tiempo o perderlo, para pensar en Dios. Estos días los medios nos dicen que no salgamos o que si lo hacemos sea para lo estrictamente necesario. Pues lo verdaderamente necesario, ya que vamos a morir, antes o después, es salir de nuestros pecados. Y para ello, pedir perdón de lo cometido y pedir ayuda a Dios, orar. Por eso es necesario suplicar a Dios por todos para que se salven, es el mayor acto de caridad, y les pido que recen y por mí, que soy polvo y pecador. Pues nadie puede saber si está o no en la gracia o amistad con Dios (repasen la del fariseo y el publicano Lucas 18,9-14, por ejemplo).

A este respecto hay varias parábolas de Jesús, pero sólo voy a recordar una, la del rico y Lázaro.

"«Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. «Estando en el Hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y, gritando, dijo: "Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama." Pero Abraham le dijo: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros." «Replicó: "Con todo, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, y no vengan también ellos a este lugar de tormento." Dijole Abraham: "Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan." Él dijo: "No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán." Le contestó: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite."»" Lucas, 16, 19-31.

El rico se queja de que nadie le avisó. Abrahán responde que sí, que estaba Moisés y los profetas. El rico dice que no creyó ni él ni sus hermanos, que necesitan una prueba, un muerto que vuelva de la muerte. Abrahán dice que, aunque resucite un muerto, no creerán. Y esto pasó. Jesús resucitó a Lázaro de Betania, y los enemigos decidieron matar a Jesús y a Lázaro... Jesús resucitó y muchos dirán que no pudo ser...

No seamos tercos, o peor, necios. Antes de morir, arrepintámonos, empecemos a hacer el bien. Pidamos perdón. Por eso les repito que hemos de pedir perdón, hemos de pedir ayuda, hemos de orar como si en ello nos fuera la vida. "Velen y oren para no caer en tentación" nos dice Jesús (Mateo 26,41). A veces hemos orado con tal desapego, con tal indiferencia, que parecía que le estábamos haciendo un favor a Dios. No, Dios no nos necesita. En realidad, lo que nos pide es por bien nuestro. Lo dijo Jesús en el Padrenuestro, que pidiéramos así: "No nos dejes caer en tentación". En el fondo nos estaba pidiendo que nosotros le pidiéramos, puesto que al pedir nos damos cuenta de nuestra ingenuidad, ya que somos engañados, y, con la ayuda del Espíritu Santo, adquirimos la prudencia. Lo propio del diablo es la astucia.

Lo propio del cristiano es la sabiduría, la prudencia y la luz. Cuando el Padre del Hijo pródigo pide que vuelva a casa no lo hace por sí mismo, sino por su hijo, que se va a morir lejos de su casa, lejos de su amor. Así que el amor de Dios nos prepara para lo más importante, que es el juicio que viene inmediatamente después de la muerte, porque recordemos que quien muere en pecado mortal va al infierno, y el que muere en pecado venial al purgatorio. Él encargó a sus apóstoles anunciar todo esto, por eso San Pablo indica, con pasión, que nos reconciliemos con Dios: "El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliense con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él." II Corintios, 5, 14-20.

Me he despertado con la sospecha de que esta palabra, tan importante ahora que muchos estamos en peligro de muerte, es la que debemos tener en cuenta. Por otro lado, no podemos confesar porque no podemos salir de casa, y los demás tampoco, pero, sobre todo, porque muchos no se dan cuenta de que su vida está en peligro y tampoco saben que la muerte los va a sorprender, porque parte de la mentira es que a ellos no les va a tocar o que van a tener tiempo. Estamos viendo que no. Y después va a venir el juicio, quieran o no. Y no estamos nadie preparados. Por eso hemos de pedir perdón. Buscar, si se puede, la confesión. Y, si no se puede, arrepentirse de corazón lamentando los propios pecados, pidiéndole al Señor no pecar más, y diciéndole que hemos fallado al amor que nos tiene, y que nos duele. Esto es necesario para los pecados mortales, con la promesa de confesarse a la primera oportunidad. Es lo que se llama contrición perfecta. El Papa da, además, la indulgencia plenaria, que perdona los pecados veniales y las penas debidas por nuestros pecados, a todos los que la pidan: “La Penitenciaría Apostólica precisa que, para obtener la indulgencia plenaria, los enfermos con coronavirus, los que están en cuarentena, así como los trabajadores de la salud y los familiares que se exponen al riesgo de contagio por ayudar a los afectados por el Covid-19, podrán simplemente recitar el Credo, el Padre Nuestro y una oración a María.

Igualmente, para obtener las indulgencias, otras personas podrán elegir entre varias opciones: visitar el Santísimo Sacramento o la adoración Eucarística o leer las Sagradas Escrituras durante al menos media hora, o recitar el Rosario, el Vía Crucis o la Coronilla de la Divina Misericordia, pedir a Dios el fin de la epidemia, el alivio de los enfermos y la salvación eterna para aquellos a los que el Señor ha llamado a sí.

La indulgencia plenaria puede ser obtenida también por los fieles que a punto de morir no pueden recibir el sacramento de la unción de los enfermos y el viático: en este caso se recomienda el uso del crucifijo o de la cruz” (20 marzo 2020). Confía en la cruz de Cristo que es el testimonio de su amor. Mírala, que la mire cada uno que está enfermo, solo o en el hospital. Dejar estas palabras y darle esa cruz es la mayor caridad que se puede hacer. Pero para arrepentirse hay que reconocer los pecados. Y, para hacerlo, hay que repasar la propia vida con sinceridad.

Para hacer un buen examen de conciencia, pues, les propongo lo que sigue:

EXAMEN DE CONCIENCIA:

Amarás a Dios sobre todas las cosas...

- ¿Creo todo lo que Dios ha revelado y nos enseña la Iglesia Católica? ¿He dudado o negado las verdades de la fe católica? ¿He rechazado o abandonado mi fe? ¿Me he preocupado por conocerla mejor? ¿La he defendido, o me he avergonzado de ella? ¿He tomado el nombre de Dios en vano? ¿He hecho espiritismo o he confiado en adivinos u horóscopos?
- ¿Hago con desgana las cosas que se refieren a Dios? ¿Me acuerdo del Señor a lo largo del día? ¿Rezo en algún momento de la jornada? ¿He mostrado falta de respeto por las personas, lugares o cosas santas? ¿He faltado voluntariamente a la Santa Misa los domingos o días de precepto? ¿Me he olvidado de Dios abandonando mis oraciones?
- ¿He cumplido los días de ayuno y abstinencia?
- ¿He recibido al Señor en la Sagrada Comunión teniendo algún pecado grave en mi conciencia? ¿Le he recibido sin agradecimiento o sin la debida reverencia?
- ¿Creo en la confesión? ¿Me confieso cuando tengo conciencia de pecado? ¿Me arrepiento sinceramente? ¿He callado en la confesión por vergüenza algún pecado mortal?
- ¿He blasfemado? ¿He jurado sin necesidad o sin verdad? ¿He practicado la superstición o el espiritismo?... y ¿Al prójimo como a ti mismo?
- ¿Manifiesto respeto y cariño a mis familiares? ¿Estoy pendiente y ayudo en el cuidado de mis padres o familiares si lo necesitan? ¿Soy amable con los extraños y me falta esa amabilidad en la vida de familia? ¿Tengo paciencia?
- ¿He sido impaciente, envidioso? ¿Me he enfadado? ¿He fomentado el resentimiento o no he estado dispuesto a perdonar? ¿He odiado a alguien o le he juzgado mal?

- ¿He descuidado mis deberes? ¿He sido perezoso? ¿He tratado con falta de respeto a los mayores a mí o a las autoridades que Dios ha permitido?
- ¿Me he peleado? ¿He hecho daño a alguien con insultos o hablando mal de ellos? ¿He revelado algún secreto o he dicho cosas solo para dañar a otros?
- ¿Permito que mi trabajo ocupe tiempo y energías que corresponden a mi familia o amigos? Si estoy casado, ¿he fortalecido la autoridad de mi cónyuge, evitando reprenderle, contradecirle o discutirle delante de los hijos?
- ¿Respeto la vida humana? ¿He cooperado o alentado a alguien a abortar, destruir embriones, a la eutanasia o cualquier otro medio que atente contra la vida de seres humanos.
- ¿Deseo el bien a los demás, o albergó odios y realizo juicios críticos? ¿He sido violento verbal o físicamente en familia, en el trabajo o en otros ambientes? ¿He dado mal ejemplo a las personas que me rodean? ¿Les corrijo con cólera o injustamente? ¿He hablado mal de otros? ¿He albergado rencores o he estado poco dispuesto a perdonar?
- ¿Procuró cuidar mi salud? ¿He tomado alcohol en exceso? ¿He tomado drogas? ¿He arriesgado mi vida injustificadamente (por el modo de conducir, las diversiones, etc.)?
- ¿He mirado vídeos o páginas web pornográficas? ¿Incito a otros a hacer el mal?- ¿Vivo la castidad? ¿He cometido actos impuros conmigo mismo o con otras personas? ¿He consentido pensamientos, deseos o sensaciones impuras? ¿Vivo con alguien como si estuviéramos casados sin estarlo? - Si estoy casado, ¿he cuidado la fidelidad matrimonial? ¿Procuró amar a mi cónyuge por encima de cualquier otra persona? ¿Pongo mi matrimonio y mis hijos en primer lugar? ¿Tengo una actitud abierta a nuevas vidas?
- ¿He tomado dinero o cosas que no son mías? ¿En su caso, he restituido o reparado? - ¿Procuró cumplir con mis deberes profesionales? ¿Soy honesto? ¿He engañado a otros: cobrando más de lo debido, ofreciendo a propósito un servicio defectuoso? ¿He tenido envidia de otros por lo que tienen o por el buen resultado de su trabajo? ¿Pongo mi corazón en tener cosas? ¿He sido soberbio o egoísta de pensamiento o de obra? ¿He sido egoísta de pensamiento o de obra? - ¿He gastado dinero para mi comodidad o lujo personal olvidando mis responsabilidades hacia otros y hacia la Iglesia?
- ¿He preferido mi comodidad al servicio a los demás? ¿He desatendido a los pobres o a los necesitados? ¿Cumplo con mis deberes de ciudadano? ¿He menospreciado a otros?
- ¿He desatendido mi responsabilidad de acercar a los demás a Dios con mi ejemplo y mi palabra?
- ¿He dicho mentiras? ¿He reparado el daño que haya podido seguirse? ¿He descubierto, sin causa justa, defectos graves de otras personas? ¿He hablado o pensado mal de otros? ¿He calumniado? ¿He dicho mentiras para justificarme, dañar a otros o por darme más importancia?